

21 de febrero de 1999. San Fortunato.

Zaragoza

La menuda gravilla que alfombraba las pulcras calles que corrían entre las hileras de nichos del cementerio de Torrero, crujía bajo las ruedas de doble ancho del largo mercedes negro de la funeraria El Último Suspiro.

El coche fúnebre rodaba lentamente encabezando el cortejo. Dos frondosas coronas, incluidas en el precio del entierro, iban colgadas de los flancos; las cintas moradas con letras de color oro aseguraban creer en la vida eterna.

El ritual del último transporte entre la capilla y el nicho debía cumplirse solemnemente, con independencia del número de dolientes que siguieran al aséptico vehículo.

Sólo tres personas acompañaban al finado encerrado ya en su caja de pino; en el pijama de madera como a él mismo le gustaba decir; en la morada postrera donde permanecería por los siglos de los siglos.

Eran tres hombres. Iban bien embutidos en sus gabardinas oscuras protegiéndose del viento cortante y frío que soplaba del norte. El cuello subido y el sombrero de ala corta bien calado.

Los pesados nubarrones que parecían estar formados por granito duro y gris, dejaron escapar una fina lluvia helada que caía sesgada a causa del aquilón; las gotas transformadas casi en aguanieve rebotaban sobre el encerado techo del Mercedes y luego caían en forma de lacrimoso torrente sobre los cristales, que empezaban a empañarse.

Los tres sombreros chorreaban agua. Los seis zapatos se salpicaron con el barro que la lluvia había formado al mezclarse con el polvo del camino.

El furgón mortuario llegó por fin al nicho. El chofer vestido con traje oscuro y gomina en el pelo, profesionalmente afectado como todos lo chóferes funerarios del mundo, bajó del

coche y abrió el portón de atrás. Las tres figuras quedaron a la entrada de la calle; la hornacina quedaba cerca.

Los dos enterradores asieron las asas del féretro y tiraron de él hacía afuera para colocarlo sobre la plataforma de la máquina elevadora. El conductor del toro subió su carga hasta la cuarta altura. Sobre la plataforma iban también encaramados los dos sepultureros. Al llegar, empujaron la caja dentro del nicho rechinando al friccionar la madera sobre el basto hormigón.

Con la fría destreza de los profesionales colocaron una placa de cemento en la boca del nicho y la sellaron con pelladas de yeso, asegurándose de que todas las juntas quedaban bien tapadas. Luego aplicaron una fina lechada sobre toda la tosca lápida y, sobre ella, con un pedazo de tiza azul, un sepulturero escribió el nombre del finado y la fecha del entierro.

El operario tenía ganas de acabar su trabajo, pues se estaba calando hasta los huesos con la pertinaz lluvia; sin embargo, el enterrador tuvo que mirar varias veces el desteñido papel donde venía el nombre del muerto antes de plasmarlo en la lápida.

Colocaron los ganchos, y colgaron en ellos las dos coronas.

El conductor de la carretilla elevadora accionó los mandos y con el ruido propio de las máquinas de obras públicas bajó la plataforma.

El sepulturero que había escrito el nombre en la estela se acercó al trío y dio a firmar el papel al que ocupaba la posición central. Firmó sin afectación; como quien firma el recibí de un certificado de correos. Luego añadió:

- Que el Señor se apiade de su alma y brille para él la Luz Eterna.

Los tres respondieron "amén" y se persignaron.

Fue entonces cuando alguien que observaba la escena a través de unos gemelos de gran aumento vio que en el dedo anular de una de las tres manos brillaba una amatista engarzada en oro como la que lucen los obispos y los cardenales.

El observador conocía bien los sellos que llevan las dignidades eclesiásticas; las había visto muchas veces a lo largo de su infancia y adolescencia.

Desde su puesto de observación, que no era otro que el balconcillo corrido en la última hilera de nichos situado tres manzanas más allá de donde acababan de enterrar al pobre sacerdote fallecido, el mirón, bien pertrechado con unos prismáticos de la Marina, vio caminar hacia el aparcamiento al príncipe de la Iglesia flanqueado por su guardia pretoriana. El trío era absolutamente desconocido para él.

Subieron en un Citroën ZX matrícula de Madrid de color oscuro, tal vez negro, con cristales tintados. No llevaban chofer.

Silenciosamente el vehículo levantó su trasera y salió del recinto del cementerio tomando la carretera que discurre entre pinos a través del parque Primo de Rivera. Después la lujosa berlina se perdió entre la niebla mojada que se estaba formando rápidamente al dejar de soplar el viento. Allí quedó sola la Cruz de los Caídos. Blanca. Fantasmal.